

El Idealismo y la Epoca de Oro en México

Por ENRIQUE GUARNER

Se podría afirmar que siempre han existido dos actitudes con respecto a la vida. La primera posición es la materialista, según la cual todos los hechos que ocurren en el universo y en la Tierra son tangibles y explicables de acuerdo con su esencia física. Los pensadores anteriores a Platón insistían en la ausencia del espíritu y el predominio de algún elemento primario en la construcción del esquema del mundo. Tales de Mileto basaba la existencia al influjo del agua; Anaximandro a lo que denominaba el *apeiron*, que sería una materia ilimitada. Heráclito relacionaba la integridad del planeta al fuego y Demócrito propugnaba por la forma y orden de los átomos al componer la materia.

Con el progreso a través de los siglos de las Ciencias Naturales, se llegó a la conclusión de que el mundo exterior existe independientemente de la conciencia y la Medicina explicó la salud y la enfermedad como derivadas de las lesiones corporales.

Desde el punto de vista económico el materialismo mantiene una doble postura. Por un lado afirma que la sociedad debe sujetarse a las leyes de la producción, siendo el régimen capitalista un sistema de explotación en el que los intereses humanos operan en forma predominante en favor de la libertad del comercio.

Por otra parte, los materialistas que adoptan la posición socialista y que se derivan de Karl Marx piensan que las masas y el proletariado son los verdaderos creadores de la historia y de la riqueza, de tal manera que tarde o temprano llegarán a administrar la propiedad.

Opuesto al materialismo surgió el idealismo. Sus defensores principales fueron Platón y Descartes. El primero se imaginaba un mundo ideal en el que cualquier pájaro o árbol resultarían perfectos en una mente preexistente. Como Pitágoras, Platón imaginaba la inmortalidad del pensamiento y afirmaba que el espíritu era el amo y el cuerpo el esclavo.

De la misma trascendencia que el filósofo griego fue René Descartes, quien en su *Discours de la methode* publicado en 1637, aseguraba que nuestros sentidos nos engañan puesto que una fracción de cera es dura, amarillenta y al golpearla produce un sonido. Sin embargo, unos minutos después si la calentamos se vuelve suave, oscura y es imposible, al percutirla, lograr resonancia alguna. Para Descartes lo que sucede con la cera es semejante a lo que ocurre con todo lo tangible, o sea, que es móvil y puede hacerse extensible. A partir de ese momento el filósofo pensó que proyectaba en un objeto su propia mente y que el ser humano no era eterno, ni inmutable, ni mucho menos perfecto, porque esta propiedad es exclusiva de Dios. Descartes decidió que la presencia del Todopoderoso sería la única que el hombre no podía haber imaginado y solamente Dios constituiría el ser perfecto que no podía engañar y el mundo visible nunca sería más que un delirio.

A partir de estos postulados el filósofo francés determinó que el espíritu precede a la materia la cual posee movimiento y extensión, haciendo por ejemplo que la cera fuera amarilla como el cielo es azul. Descartes finalmente concluyó su célebre frase: "Cogito ergo sum" (Pienso, luego existo).

Tanto la postura materialista como la idealista se unieron en el pensamiento de Sigmund Freud, quien utilizando el inconsciente como su laboratorio, descubrió la importancia de las emociones en los desórdenes psíquicos y somáticos. Con la introducción del método psicoanalítico y la relación transferencia-contratransferencia se impuso el procedimiento cartesiano librándolo de su aspecto religioso y añadiéndole un dinamismo materialista.

Desde un punto de vista económico los idealistas representan los objetos en una luz imaginativa buscando la perfección creativa. En general, carecen de una finalidad de tipo financiero y viven dentro de un mundo en el que predominan los ideales derivados del romanticismo.

México: 1930-1949

Entre los poetas romanos se consideraban «edades de oro» aquellas en las cuales a lo largo de un periodo de tiempo los hombres vivían en paz y armonía gobernados por Saturno.

Durante los decenios de los treinta y cuarenta, México atravesó en diferentes campos creativos por una «Epoca de Oro». La música floreció con la llegada de Agustín Lara, quien concibió una composición extremadamente personal. Para ello se basó en el bolero cubano al que cambió de tono con frases de 16 compases binarios y le añadió su inacabable inspiración. Con este sistema el músico veracruzano matizó una serie de melodías que no han tenido igual y además incursionó en otros terrenos produciendo admirables pasodobles.

Sin embargo, no fue Lara el único, sino que a él siguió un compositor mejor dotado técnicamente: Gonzalo Cu-

riel. A fines de los treinta aparecieron Manuel Esperón, María Greever, Gabriel Ruiz, Miguel Prado, José Sabre Marroquín, los hermanos Domínguez y tantos otros que sería difícil enumerarlos a todos. Pudiera decirse que la música popular mexicana se volvió universal y se cantaba en cualquier rincón del mundo. Asimismo los treinta y cuarenta produjeron excelentes compositores de música clásica como fueron Revueltas, Moncayo y Chávez.

En el campo de la pintura México sorprendió a los críticos con una larga época de creatividad que se inició con Diego Rivera, José Clemente Orozco y culminó con Rufino Tamayo, quien todavía vive.

Es en los cuarenta cuando la arquitectura mexicana moderna se inicia con la creación de la Ciudad Universitaria por Carlos Lazo, Mario Pani, Enrique del Moral y Juan O'Gorman. También surge el Pedregal de San Ángel, y podría afirmarse que la explosión demográfica y la contaminación que terminó con la ciudad, todavía era inexistente.

¿Qué se puede decir del cine mexicano de entonces? Creo que después de aquel que se producía en Hollywood era el mejor. «El Compadre Mendoza», de Fernando de Fuentes es una película de un raro poder dramático, pero otra que no se queda atrás por su sensibilidad es «Redes».

Posteriormente en el periodo que abarca desde 1940 hasta 1946, la cinematografía mexicana alcanza su apogeo y sería largo recordar mis cintas favoritas, pero bastará mencionar lo mejor de Cantinflas en «Ahí está el detalle», «El Circo» o «El gendarme desconocido». Los contraluces espectaculares y los inolvidables cielos nublados de Gabriel Figueroa en «María Candelaria» o en «Río escondido». Por otra parte, los directores Emilio Fernández, Julio Bracho y Alejandro Galindo y el exiliado Luis Buñuel demuestran un talento fuera de lo común y producen una filmografía nacionalista apreciada en todo el mundo.

Por otra parte las corridas de toros de aquellos entonces adquirieron un esplendor sin igual y puede decirse que los diestros mexicanos estaban a la misma altura que los mejores españoles con lo que competían tanto aquí



como en la Península Ibérica. Primeramente surgieron Pepe Ortiz, «Armillita» y Carmelo Pérez, quienes hacen su aparición a fines de los veinte y a partir de entonces la cosecha no tiene igual y poco a poco van evolucionando y convirtiéndose en primeras figuras: Alberto Calderas, Jesús Solórzano «El Soldado», Lorenzo Garza, Silverio Pérez, Fermín Rivera «Calesero», Arruza y finalmente Luis Procuna.

Naturalmente que alguien se preguntará: ¿Qué fue lo que condicionó este enorme desarrollo de grandes artistas, que se apagó con la llegada de la segunda mitad del siglo veinte?

Desde mi punto de vista particular, la única razón que encuentro reside en que el país se hallaba pleno de ideales y se apreciaba el acto creativo por sí mismos. El materialismo se encontraba en sus fases iniciales y el artista buscaba lo estético antes que sus derivados, como sería la riqueza. Las diferencias entre lo que ganaba uno y otro no se hacían tan patentes como ha sucedido desde entonces. En otras palabras, el hombre creativo producía sin pensar en la recompensa económica y todo sugería un cierto romanticismo idealista. El amor no se compraba, sino que surgía porque el yo necesitaba del otro.

A México venía infinidad de artistas y escritores extranjeros que buscaban un mundo poético que no fuera mecánico y carente de vida. Es por ello que el surrealista André Breton encontró aquí mayor irracionalidad e imágenes inconscientes que en toda Francia. Igualmente Eisenstein halló para sus películas figuras más desgarradas que las rusas. Malcolm Lowry y Lawrence sintieron los volcanes, saborearon comidas exóticas y gozaron de pueblos desconocidos con nombres extraños.

En aquella época el clima era ideal, el cielo líquido y sin contaminación, floreciendo bajo el mismo infinidad de bugambilias y hasta arabescas palmeras. Los pájaros abundaban y su cántico llenaba de sonidos musicales la atmósfera. Pocos pensaban en la riqueza y los objetos externos se vivían de acuerdo con las sensaciones internas que provocaban lo importante, que era la sensación o el ideal de la existencia.

